

el idioma español en los Estados Unidos

Edmundo Vivero Viteri*



Resumen histórico

Desde los primeros tiempos de las Trece Colonias, el español fue conocido y practicado por una elite, la cual experimentó un notable aumento cuando las relaciones comerciales con las Indias Occidentales se desarrollaron. En las distintas provincias, y con especialidad en Nueva Inglaterra, en Virginia y en Filadelfia, se tienen noticias de la existencia de nota-

bles conocedores del castellano, de bibliotecas que contienen libros en español y de profesores que se dedicaban a la noble tarea de su enseñanza. Baste recordar el interés por la enseñanza del español de personalidades como Franklin o Jefferson, y el progreso que su estudio alcanzó en el curso del siglo XIX, siendo quizá las universidades de Harvard y de Virginia las más adelantadas en la materia. A comienzos del siglo XX el estudio del español no había alcanzado en reali-

(*) *Primer Secretario del Servicio Exterior. Actual Cónsul del Ecuador en Houston.*

dad gran difusión, y era sobrepasado ampliamente por el del francés y del alemán (no se olvide que en las convenciones fundacionales de Filadelfia se planteó la posibilidad de declarar el alemán como idioma oficial de la nueva nación y no el inglés, y que en Estados como Colorado se usó durante muchos años como lengua oficial junto al inglés y el español). Con la primera guerra mundial la enseñanza del alemán decayó enormemente, en tanto que la del español aumentó de forma muy considerable.

Tras la segunda guerra mundial, el renovado interés norteamericano por la América hispánica, la formación de una conciencia nacional sobre la necesidad de dominar las lenguas extranjeras si se quería mantener el dominio político y, en lo que se refiere concretamente a España, el desarrollo de una corriente turística geométricamente progresiva, el interés por el español ha aumentado de forma extraordinaria en los tres niveles de enseñanza primaria, secundaria y universitaria. El aumento del alumnado ha tenido como previo requisito el del profesorado, el cual se ha nutrido en parte con los muchachos que hicieron la guerra y que, al conocer países extranjeros y salir del aislamiento continental, comprendieron la necesidad del dominio de las lenguas colaboró en los últimos años el establecimiento de los Institutos de Lenguas de acuerdo con el programa de la "National Defense Education Act". Junto a estos cursos financiados por el gobierno federal, muchas universidades organizaron por cuenta propia sus cursos especializados de idiomas; en este campo le corresponde un lugar preferente a Middlebury College, que

fundó en 1917 la "Spanish School", a base de profesores nativos. La International Education Act de 1966 modificó, en parte, la ley anteriormente citada, ampliando las posibilidades de la ayuda federal para las enseñanzas de lenguas extranjeras. Es interesante también la "Foreign Language Assistance Act".

Interés actual por el español

El número de las secciones de español en los colegios y universidades ha ido aumentando extraordinariamente en los últimos años, sobrepasando la cifra del millar. Lo mismo puede decirse de los institutos independientes y asociaciones que ofrecen el español como uno de los atractivos para lograr más alumnos o miembros. Parecida favorable coyuntura se verifica en los grados de enseñanza primaria y secundaria, en los que el castellano es el más enseñado después del inglés. La situación resumida de la enseñanza del español es la siguiente: La Orden de 1 de julio de 1965, del gobierno de California, hizo obligatoria en las escuelas elementales de este Estado la enseñanza de un idioma extranjero.

Con este motivo, el español, que desde hacía seis o siete años se aprendía en muchas instituciones, ha pasado a ocupar el primer puesto, casi sin excepción, entre los elegidos por los estudiantes. En algunos puntos llegan estos a alcanzar un alto porcentaje, en relación con la totalidad de los alumnos inscritos.

La presencia histórica de España en par-

te del territorio de los Estados Unidos y las inmigraciones, a partir de su independencia, de hispanoparlantes procedentes de México, Cuba, Puerto Rico y otros países, han motivado que el español sea hablado como primera lengua en la actualidad por un número muy considerable de ciudadanos norteamericanos y residentes de su territorio, en cifra que sobrepasa los catorce millones y medio de personas. Es indudable que después del inglés es el idioma más oído en sus contornos, seguido a gran distancia por el francés, que todavía se utiliza como lengua nativa en las zonas limítrofes a la provincia canadiense de Quebec y en algunos sectores del Estado de Luisiana. A aquella cifra hay que añadir la de ciudadanos de ascendencia hispánica, que, no obstante haber nacido en Norteamérica y tener el inglés como idioma propio, conservan el uso del español.

Es sorprendente viajar por los Estados Unidos y escuchar en áreas distantes de su geografía la lengua de Cervantes, usada en cada lugar con peculiaridades propias. Haciendo caso omiso del castellano hablado por las distintas colonias o sus sectores de próxima influencia (españoles, mexicanos, puertorriqueños, cubanos), es admirable la manera como se ha conservado el castellano introducido en las épocas de la colonia. Así ocurre en los Estados de Nuevo México, Arizona, Colorado, Luisiana, Texas y California, y en menores áreas en Florida, Nevada y Alabama. Hay algunas diferencias, por ejemplo, entre el español hablado en Nuevo México y en Arizona, e incluso dentro de cada una de estas regiones pueden observarse también matices: en la ciudad de Tucson, además del

normal en el sur de Arizona, existe el utilizado por los indios yaquis y el Pachuco. El Pachuco, especie de jerga, inventada en 1930 en El Paso, Texas, y extendida más tarde sobre todo, al término de la segunda guerra mundial por California. (Los Angeles) y Arizona, es un lenguaje basado en el español, mezcla de anglicismos, localismos mexicanos y regionales, palabras castellanas cambiadas el significado, o en forma, o en ambas cosas, y vocablos inventados, que usan los jóvenes componentes de determinadas pandillas con los predominantes objetivos de diferenciarse y de no ser entendidos por los extraños del grupo. Es tan curioso el fenómeno del Pachuco que incluso se han grabado canciones en tal jerga, algunas de ellas en la voz de Lalo Guerrero, como la denominada "La Pachucquilla", con el éxito que supone la venta en pocos meses de 60.000 discos.

En el Estado de Luisiana se conserva el español entre otros sectores, en la Parroquia de St. Bernard y en los denominados "brulis" (parroquias Ascención y Assumption), existiendo entre ellos diferencias de habla como consecuencia del origen isleño o canario de los habitantes del primero y de la mayor influencia del francés sufrida por los del segundo. Da gusto oír el español en San Antonio, Texas, y en todo el sudoeste de dicho Estado, así como en buena parte de Colorado, especialmente en su mediodía, fronterizo con Nuevo México.

De todo el Sudoeste, es en Nuevo México y en el sur de Colorado en donde el español original, el importado por los colonos en los siglos XVI y XVII, mejor se conserva, que contiene una serie de arcaísmos hoy desapa-

recidos de la Península Ibérica e incluso de muchos países americanos, semejante fenómeno se explica por el mayor aislamiento en que se ha mantenido hasta hace pocos años con respecto a México y a las influencias anglosajonas, en comparación con lo acaecido en Texas o en California. No es raro oír a un neomexicano la palabra *asina*, ahora, *morar*, mismo, etc. De apreciarse algunas influencias idiomáticas procedentes del gran país situado al sur del Río Grande son más bien adscribibles al náhuatl, lengua de los aztecas, que al español mexicano. Dada, por otra parte, la considerable ausencia de cultura literaria en el Nuevo Reino en los periódicos de dominio hispano, nada tiene de extraño que se califique al español de Nuevo México como el hijo más aislado del español del Siglo de Oro.

Otro fenómeno de perseverancia del español es el caso de los chamorros de la isla de Guyam, en el Pacífico. Dicha herencia se ha visto protegida a través de los tiempos gracias sobre todo a la acción de las órdenes religiosas.

Es, por otra parte, un hecho negativo la extendida existencia del *spanglish* que incorpora al español palabras y expresiones inglesas incorrectamente modificadas.

Prueba de la vitalidad de la lengua española en los Estados Unidos está en que en 10 años los medios de comunicación de habla española se han duplicado. Buena parte de las emisoras en inglés incluyen en sus programas horas en español. Así, en California, más de 65 estaciones emiten entre 1 y 20 horas en español. La televisión en este idioma ha pasado de 16 cadenas a 68, sin

contar con la presencia de 6 canales mexicanos que se captan merced al satélite "Morelos".

Las estaciones televisivas de las cadenas "SIN" y "Latinet" tuvieron hace años amplia cobertura. Hoy día sirven al público hispano con sus noticieros respectivos las cadenas UNIVISION y TELEMUNDO, habiendo comenzado éste bajo el nombre de "Hispanic American Broadcasting Corporation". Un nuevo competidor es "Univisa" con el servicio de cable español Galavisión, como su producto más renombrado.

Una cifra superior a 200 periódicos se publican en el país, teniendo por destinatarios los sectores hispánicos (hay otros con mercado predominante en los países al sur del Río Bravo). De éstos son diarios: los difundidos Diario Las Américas y la versión española del Miami Herald, El Nuevo Herald (Miami), el Diario La Prensa (Nueva York), La Opinión (Los Angeles), El Continental (El Paso) y el Laredo Times (Laredo).

En relación con el tema del periodismo es curioso destacar que en Luisiana, mientras en tiempos españoles sólo se imprimió un periódico titulado "Moniteur de la Louisiane" (en francés), salieron a la luz en los años subsiguientes a su incorporación a los Estados Unidos diversas publicaciones periódicas en español, a saber: *El Misisipi*, *El Mensajero Luisianés*, *El Telégrafo*, *El Español*, *El Correo Atlántico*, *Avispa de Nueva Orleans*, *El literario*; único órgano de la población española de los Estados Unidos, *La Unión*, *El Indica-dor*, etc., en Nueva Orleans, y *El Mexicano* en Natchioches, a lo largo de diferentes años y alguno hasta en 1869.

En lo que se refiere a Nuevo México ha sido el idioma español el idioma oficial desde 1846, cuando el General Stephen Watts Kearny ordenó-precisamente el 18 de agosto, dos días después de la toma pacífica de Santa Fé por las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos-la confección de la obra *Organic Laws and Constitution*. Desde entonces, el español pudo usarse en situación parigual a la del inglés en el parlamento y en los tribunales, y más cuando, en 1910, se incluyó en la constitución estatal una cláusula que dispone la publicación de las leyes en inglés y en español. Aún ahora en la legislatura estatal se traducen al español las leyes modernas, en los tribunales de justicia y en los juzgados puede hacerse la defensa civil, si hay traductores; en los diarios se leen todavía los edictos y anuncios legales tanto en inglés como en español y, en fin, los derechos y privilegios de los ciudadanos pueden protegerse y promoverse en ambos idiomas.

En el Estado de Colorado el español ha sido lengua oficial hasta el año 1921, y podía utilizarse indistintamente con el inglés en el Congreso y en los tribunales de justicia. Más o menos semejantemente sucedió con los Estados heredados de México por el Tratado de Guadalupe de Hidalgo de 1848, que convirtió, en verdad, a los Estados Unidos en una nación bilingüe. Declaraba que "todas las leyes, decretos, reglamentos y disposiciones cuya naturaleza requiera su publicación deberán ser redactadas en inglés y en español".

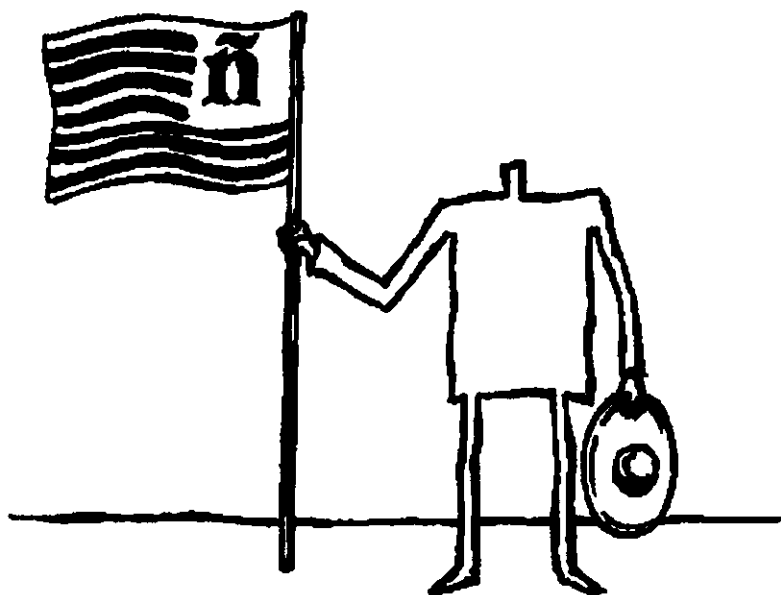
Por decisión del estado de Nueva York, los ciudadanos norteamericanos de habla española pueden jurar la Constitución de los

Estados Unidos en español y, por tanto, votar; esta decisión promovió reclamaciones de las minorías polaca, rusa, etc., que fueron rechazadas por los tribunales, basándose en que hay un Estado de la Unión Nuevo México- en donde la lengua española es también oficial y, por tanto, sus ciudadanos pueden votar sin saber inglés. El gobierno federal aprobó igualmente una ley que hacía posible a los ciudadanos de habla española votar en su idioma, siempre que hubiesen ido a la escuela, a través de todos los grados, bajo la bandera norteamericana, es decir, a los puertorriqueños, a los nacidos en la zona del canal de Panamá y a los filipinos anteriores a la independencia.

La ciudad de Miami (Florida), por su parte, desde comienzos de 1967, y por decisión de su Ayuntamiento contó con dos idiomas oficiales, de modo que el español y el inglés podían ser usados indistintamente tanto en los actos oficiales como en los privados; ello se debía a la gran masa de población hispana concentrada en ella, especialmente exiliados cubanos. Por las mismas razones, tal normativa se extendió en 1973 a todo el Condado de Dade. Años después, estas medidas fueron canceladas. El inglés fue proclamado lengua oficial en los referendums celebrados en California en 1986, y en Florida y Colorado en 1988.

Con ocasión de la Hemisfair 1968, celebrada en San Antonio (Texas), el español fue considerado en todo el Estado durante el año como idioma oficial, junto al inglés.

La Civil Rights Act de 1964 se opuso a toda discriminación por razón del origen, raza, color, religión o sexo. *El Cabinet Commit-*



tee on Opportunities for Spanish Speaking People se creó en 1969 con el propósito de promover el acceso de los hispano-parlantes a los cargos públicos. La Voting Rights Acts de 1965 y 1975 eliminaron requisitos relacionados con la lengua. El Bilingual Ballot ha sido promovido por el Fondo Puertorriqueño de Defensa Legal. El Estado de Florida creó hace tiempo una Comisión Estatal Hispana la cual se preocupa de la provisión de empleos estatales a los miembros de la comunidad hispánica, tema del foro público convocado en Wynwood en agosto de 1986. Algunos Estados han admitido los exámenes de conducir en español

Eruditos ha habido que han dedicado su esfuerzo y conocimientos al estudio de la presencia del castellano en el inglés hablado y escrito por los norteamericanos: valga como ejemplo "A Dictionary of Spanish Terms in English", del profesor Harold W. Bentry. Esta influencia es mayor de lo que a primera vista pudiera parecer, dejando aparte los innumerables nombres (ciudades, ríos, montañas, cabos, etc.) que han sido incorporados a la geografía del país. Muchas palabras españolas fueron incluidas en el vocabulario del estadounidense de hoy y no sólo del situado en las regiones del Suroeste, aunque hay que reconocer que aquellas son de más

frecuente y numeroso uso en esta área y en determinadas profesiones, como la militar, la del transporte o la del cowboy. También se da el caso de palabras que visiblemente muestran su punto de origen, tanto que otras han sido anglicizadas y modificadas (en su ortografía o en su pronunciación). Entre estas últimas se encuentran *alligator* (lagarto), *cigar*, *grandee* (grande de España o semejante), *negro*, *rodeo*, *tornado*, *hurricane*, *tobacco*, etc. Así, son de uso corriente en el territorio de la Unión las palabras *siesta*, *guerilla*, *plaza*, *mañana*, *adiós*, *rancho* y tantas otras. No digamos en el vocabulario de los vaqueros, en el que aparecen constantemente *señor*, *señorita*, *padre*, *sombrero*, *laso*, *borracho*, *corral*, *caballo*, *vaca*, *vaquero*, *llano*, *matanza*, *manteca*, *estampida*, *adobe*, *cañón*, *piñón*, *bonanza*, *fandango*, *silla* (montar) *riendas*, *atajar*, *beber*, *comida*, *dormir*, *noche*, *sol*, *hacienda*, etc. Se registran más de 900.

A punto estuvo la gran nación norteamericana de quedar deudora en su nombre a España, la que hizo posible el descubrimiento del continente en que se halla enclavada. Cuando los padres de la patria, al rebelarse victoriosamente contra Inglaterra, quisieron que sus tierras quedaran cobijadas bajo una misma y significativa denominación, intentaron bautizar la nueva entidad internacional como *Columbia*, en honor de Cristóbal Colón. Correspondió a Philip Freneau la iniciación de la campaña en favor del nombre de *Columbia* en 1775 en Boston, en la publicación "*American Liberty*", y contó con grandes probabilidades de éxito.

Con parecido nominal origen, Georgia y

Virginia habían consolidado sus nombres, y el de Colón, que Gran Bretaña había procurado oscurecer durante su denominación, exaltando, en cambio, el de Cabot, se mostraba como el del héroe, primer fundador de la patria nueva. Se presentó una magnífica oportunidad para el cambio de nombre en la Convención Constitucional de 1787, pero los muchos problemas que tuvieron que resolverse, la ausencia de Jefferson en Francia y la ancianidad de Franklin motivaron que no se tomara acuerdo alguno. El nombre de *Columbia* continuó siendo utilizado para simbolizar a la Nación en términos poéticos y en momentos emocionales. La canción *Columbia, the Gem of the Ocean* (*Columbia la joya del oceano*), escrita a mediados del siglo XIX, se convirtió en una de las músicas patrióticas preferidas y más populares. Llegó a identificar el término *Columbia* con el de *Freedom* o *Libertad*; de aquí que cuando el capitolio federal se construyera, Thomas Crawford dibujara la estatua de *Columbia* para la cima de la cúpula. Desde entonces, es norma que todos los edificios federales ostenten una estatua de *Columbia*.

En lugar de significativo nombre, el país quedó con el de Estados Unidos de América. Con la independencia de las colonias hispanoamericanas, se puso en evidencia la inadecuada denominación elegida: nacían otros Estados -algunos también "unidos"- en el Nuevo Mundo, cuyo origen no procedía de la Revolución de las Trece Provincias. No obstante, la patria de Washington y Monroe continuó haciendo uso de aquella frase en funciones de identificación nacional y, aún más, con el tiempo, y por el afán de abreviar,

comenzó a utilizarse la palabra América, así como su correlativa americanos, para distinguir a sus naturales, de forma que éstos han llegado a consustanciarse con aquel término, cuyo monopolio ciertamente no les corresponde.

Quizá proceda recordar, por la paradoja que su apropiación supone, que el nombre de América se ha aplicado desde su nacimiento a todas las tierras del Nuevo Mundo y durante muchos años no a las del Norte, que son hoy precisamente las que intentan detentarlo con exclusividad. Martín Waldseemüller fue el primero que, en 1507, utilizó el vocablo América, refiriéndolo a la parte sur del continente recién descubierto por Colón.

Tal nombre fue ya admitido en 1515 por Leonardo Da Vinci en sus respectivos mapas y en 1520 por Pedro Margallo en su "Fisicae Compendium". Su acogida quedó durante mucho tiempo reducida, de modo que el adjetivo americano no figura en el Diccionario de Autoridades de 1734 y solo se incluye en la edición de 1770, sin alegar autoridad.

El continente Norte aparece en el curso del siglo XVI bajo varios nombres, bien distintos del actual: Nueva España (abarcando todas las tierras al norte del Río Grande), Florida, etc. Posteriormente, su sector más septentrional será denominado Nueva Francia. El nombre de América aplicado a las tierras boreales del Nuevo Mundo empieza a contemplarse en los mapas de Ortelius de 1670 y de Cornelio de Jodeais de 1593.

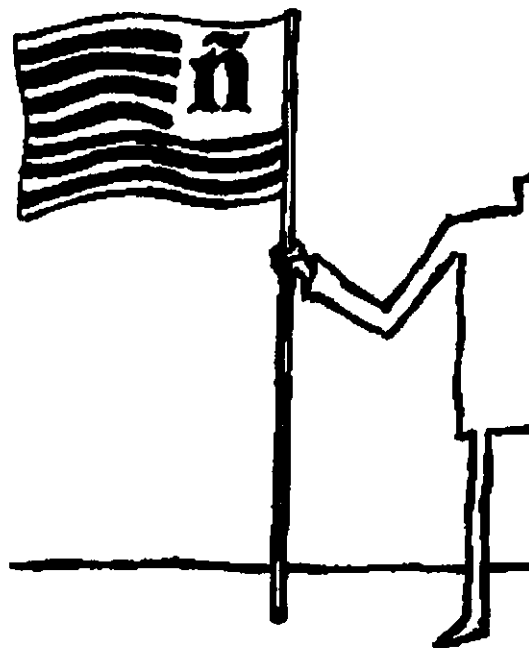
En el Planisferio que acompaña a la relación de Nicolás de Cardona en 1614, se denomina a la del Norte América Mexicana, y

a la del Sur América Peruana.

Antes de la revolución ningún nombre distinguía a las provincias como un todo, pero cuando se sublevaron empezaron a adoptar los nombres de Colonias Unidas, Colonias Unidas de América o Colonias Unidas de Norteamérica. En la Declaración de Independencia aparece ya el de Estados Unidos de América, pero cuando Franklin Deane y Lee pidieron, a finales de 1776, una entrevista al embajador español en París, Conde de Aranda, lo hicieron bajo el nombre de Plenipotenciarios del Congreso de las Provincias Unidas de la América Septentrional, y Franklin firmó un tratado consular con Francia, por el que los "Trece Estados Unidos de Norteamérica" permitan a los cónsules franceses presentar sus patentes a los gobernadores de los Estados y no al Congreso.

En cualquier caso, el nombre de América procede del de Amerigo -Amerigo-Vesputi, el florentino que, al servicio de los reyes de España, realizó una serie de viajes descubridores por el Nuevo Mundo. Obtenida en 1505 su naturalización en los reinos de Castilla y León, su relato de los cuatro viajes realizados movió a Martín Waldseemüller, en 1507, a proponer el bautizo del gran continente con la gracia con que hoy es conocido. América no Ameriga- nació, pues, de Amerigo español.

Varios son los que tienen su origen en motivos relacionados de un modo u otro con España o lo español. Así, Florida recibió este nombre de D. Juan Ponce de León el 2 de abril de 1513. A1 no haber todavía desembarcado, no conocía la denominación del lugar por los naturales, y como no llevaba sa-



cerdote alguno en la expedición, quizá no recordaba el santo del día (de acuerdo con la extendida costumbre española). Pensó en denominarlo ¿Nuevo León? Herrera cronista, explica que escogió Florida por hallarse en plena Pascua Florida -sólo seis días después del Domingo de Resurrección- y por aparecerse los campos en completa floración primaveral. Con el tiempo, la entonación de la palabra cambiaría, y hoy es pronunciada por sus habitantes con acento esdrújulo.

Por largo tiempo, bajo el nombre de Florida se incluirían una serie de tierras que se extendían por lo menos hasta la bahía de

Chesapeake. El vocablo se conservó durante la ocupación inglesa del Estado-Península y cuando éste se convirtió en componente de la Unión. Teniendo en cuenta lo que antecede, la legislatura del Estado de 1953 proclamó la celebración anual de la "Pascua Florida Week" (del 27 de marzo al 2 de abril) y del "Pascua Florida Day" el día 2 de abril, éste como fiesta estatal.

También es debida a España la génesis de Texas, aunque su morfología no sea castellana. En 1683 siete indios procedentes del Este visitaron al gobernador español en El Paso para solicitarle misioneros y ayuda en la guerra. Hablaron de ciertas tribus y particularmente de lo que los españoles creyeron entender como el

"reino de Texas". La expedición enviada no halló tal reino, pero cuando años más tarde, en 1689, otra fue confiada al mando de Alonso de León, los españoles fueron saludados por los indios hasinai con los gritos de ¡Techas!, ¡Techas!, que significaba ¡Amigos! ¡Amigos! Aunque los españoles se dieron cuenta de que la palabra no se refería a una entidad geográfica, continuaron aplicándola a los nuevos territorios que comenzaron a ser explorados a partir de la expedición de D. Domingo de Terán y fray Damián Massanet en 1691. Antes habían sido denominados Panuco y Nuevas Filipinas.

Nuevo México aparece por vez primera en los informes proporcionados por Francisco de Ibarra, buscador de minas de oro, quien en 1563 se dirigió hacia el Norte y, guiado por una india, se aproximó a una gran ciudad; contempló a las gentes ataviadas como los aztecas y tocando unos tambores al modo de México. Cuando regresó, sostuvo haber descubierto un Nuevo México.

La región, visitada muchos años antes en 1539 por fray Marcos de Niza, había recibido de éste el nombre de "Nuevo Reino de San Francisco". Coronado denominó a la región Tiguex. El grupo de nueve, encabezado por Sanchez Chamuscado y el hermano Rodríguez, la bautizaron como de San Felipe. Al año siguiente Antonio Espejo informó haberse dirigido hacia el Norte, a las provincias y establecimientos de Nuevo México, a los que denominó Nueva Andalucía, en honor de mi tierra maternal. Oñate tomó posesión ya en 1598 sobre los "reinos y provincias de Nuevo México".

El Estado de Colorado ha conseguido su gracia en el río que lo baña. Cuando sus espacios fueron reclamados por España en 1706, recibió el nombre de Santo Domingo. Al ser constituido en territorio, muchos nombres se propusieron, entre otros, "San Juan", pero cuando se presentó en 1859 el proyecto de ley ante la Cámara se sugirió el de "Colona", por Colón, no llegando a prosperar. Correspondió al senador Green de Missouri el triunfo de su actual denominación.

De varias explicaciones ha sido objeto el término California. La más verídica -y así opinó Icknor- es la de Las sergas de Esplandián, de Ordoñez de Montalvo, quinta parte de la

versión de éste del libro de Caballería Amadís de Gaula. En la novela aparecía una isla en la que gobernaba la Reina Calafia a solo mujeres y en la que únicamente entraban los hombres imprescindibles para mantener la reproducción de la especie. Indudablemente, los españoles de Nueva España conocían la novela, y al tener noticias del descubrimiento de una gran isla (al principio así se creía que era la Baja California) aceptaron de buen grado tal bautizo.

Fue muy distinto el nombre de Montana, que, al final, se dio al territorio, más tarde, Estado.

Los debates en la Cámara de Representantes y en el Senado son curiosos, por demás. En el primero tuvo por apasionado defensor a James M. Ashly, quien en todo momento explicó el significado de la palabra española original, apropiado a la calidad montañosa del territorio cuya creación se proponía, y evitó la denominación de Jefferson, como un grupo de demócratas e incluso de habitantes demandaban; en el Senado también entró en juego su etimología española. Naturalmente que el signo de la ñ se perdió por desconocerse en el inglés.

La elección de Nevada para el territorio vecino de California se debió al Comité para Territorios, que, al recordar la próxima existencia de la Sierra Nevada, optó por acortar el nombre y dejarlo reducido al segundo. A los habitantes de futuro territorio no les hizo demasiada ilusión la elección, por la participación de la sierra en su superficie sólo en mínima parte y por dar a entender un clima y un paisaje alejado de la realidad. Se propusieron otras palabras: Washoe, por la tribu

india nativa; Sierra Plata y Oro Plata (en español), por las minas que sus tierra encerraban. Pero, al final, prosperó la denominación primeramente elegida.

A la vista está Arizona es un Estado con vitola española. Había sido utilizada en el siglo XVIII por el padre Ortega, y se refería a un antiguo distrito minero. A mediados del siglo XIX se formó la Arizona Mining & Trade Company. Cuando se propuso en 1854 al Congreso la división del territorio de Nuevo México, se sugirieron como nombres aplicables al sector occidental, Gadsonia (por Garden, el negociador con México de la compra de una franja de tierra incorporada a aquel territorio), Pimeria (al uso de los españoles) y Arizona. En la Convención que se reunió en Tucson dos años más tarde influyó en la adopción del nombre un tal N.P. Cook, que tenía participación activa en la compañía minera. Bajo el de Arizona la región fue convertida en territorio por los confederados en 1861, y cuando pasó a manos de la Unión, el Congreso mantuvo la denominación en 1863.

Entre las posibles etimologías de Oregón, figuran las españolas de orégano, orejón, origen e incluso Aragón. La más verídica parece la de que los navegantes españoles, al encontrar a indios con grandes orejas, les denominaron orejones, y al transcribirse al inglés en singular, se cambió la j por la g, de acuerdo con la pronunciación anglosajona. En 1853 los habitantes del sector norte de dicho territorio solicitaron al Congreso la organización de otro, separado bajo el nombre de Columbia, haciendo el homenaje merecido al descubridor del continente. El proyec-

to de ley llegó a la Cámara de Representantes, pero fue derrotado por existir previamente el distrito de Columbia y prestarse a equivocaciones; lo más curioso es que triunfó el de Washington, que se presta igualmente a confusiones con la capital federal. El nombre de Distrito de Columbia -que aparece mencionado por vez primera en una carta al arquitecto "L'Enfant de la Junta de Arquitectos" de fecha 9 de septiembre de 1791 y que se incluyó en las Actas del Congreso el 6 de mayo de 1796-, como ya se ha mencionado, es el remanente de los intentos serios que se hicieron para designar al nuevo país Columbia, honrando a Colón, en lugar de su denominación actual de Estados Unidos de América.

Bibliografía

- María Esther Domínguez, *San Antonio Texas en la Época Colonial*. Ediciones Cultura Hispánica-Monterrey.
- *Tree of Hate: Propaganda and Prejudices Affecting United States Relations with the Hispanic World*. Vallecito, California, 1971.
- *Bernardo de Gálvez en Louisiana*. John Walton Caughey-Foreword by Jack D.L. Holmes 1991.
- *Houston in the World -Magazine 1997*.
- *Houston, Sam the first 1996*.
- General Santana, *PROESA EN PACHUCO*, Nuevo León 1946.
- *A Sesquicentennial Commemorative*.- Houston 1995.
- Periódico "La Información" Estado de Texas 1994-1996.